

Una epopeya silenciosa

MARÍA JIMÉNEZ

Periodista, redactora jefe
del proyecto

El escritor judío y austriaco **Stefan Zweig** tituló su autobiografía *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. La escribió cuando ya se encontraba en el exilio y se publicó en 1944, dos años después de su muerte. En 2012 el periodista **Florencio Domínguez** citó en un artículo un pasaje de la obra: “Sabemos por experiencia que es mucho más fácil reconstruir los hechos de una época que su atmósfera espiritual. Esta no se encuentra sedimentada en los acontecimientos oficiales, sino más bien en pequeños episodios personales”. Domínguez, testigo desde primera línea de casi todos los devenires de la historia de ETA, apuntaba que el relato aún pendiente de lo que había supuesto el terrorismo etarra, si quería ser riguroso, debía reflejar “la pesada atmósfera espiritual” que ha envuelto la vida de miles de personas durante el último medio siglo.

Con el propósito de reconstruir aquella atmósfera se articularon los dos primeros volúmenes de *Relatos de plomo. Historia del terrorismo en Navarra*. Ambos recogen el día a día de lo que ETA ha supuesto en la vida de miles de ciudadanos. Las crónicas de los atentados, más de 400, reflejan hasta qué punto la banda terrorista ha hipotecado la existencia del pueblo en nombre del que decía luchar. Dos principios guiaban ese recorrido cronológico desde 1960 hasta 2011: la exhaustividad, con la convicción de que detenerse, uno a uno, en todos los atentados que ETA ha cometido en Navarra sería una manera de reflejar cuán potente y sostenida había sido la violencia terrorista en la Comunidad Foral; y el afán por recoger los testimonios de las víctimas del terrorismo y de sus familiares, sin cuyo relato en primera persona es imposible hacerse cargo de la extensa sombra que ETA ha dejado en sus biografías.

Quedaba, sin embargo, algo pendiente. Muchas de las mencionadas crónicas se centran en lo que había ocurrido después de los disparos o en los prolegómenos de las explosiones o, cuando mucho, en la alevosa preparación de los atentados. No obstante, entre sus renglones se iban deslizando sin solución de continuidad muchas personas anónimas que, en sus diferentes ámbitos de actuación, también desempeñaban un papel principal en el escenario dramático que ETA iba extendiendo a lo largo y ancho del territorio navarro. Eran los empresarios que, pese a la posibilidad de que ETA los eligiera como presa de la extorsión, habían decidido asentar sus negocios en Navarra; eran los concejales que, poniendo su nombre en una candidatura, sabían que lo escribían a la vez en la diana de ETA; eran los guardias civiles y policías que pensaron que luchar contra el terrorismo era la causa más noble a la que podían dedicar sus esfuerzos; y eran los abanderados del pacifismo, dispuestos a erigirse como escudo frente las agresiones de los cachorros de la banda y, al mismo tiempo, a levantar el parapeto de una sociedad aletargada que aún no se atrevía a salir a la calle para gritarle en silencio a ETA que dejara de matar. Con sus nombres se completa la epopeya civil de quienes se opusieron al terror.

Retratar el miedo

Ana María Fidalgo Mingallón todavía recuerda lo que ocurrió aquella tarde de mediados de los años ochenta cuando su marido, el guardia civil **Julio Gangoso**, llevó a sus dos hijos a jugar a un parque de Pamplona. Es probable que Julio no lo demostrara, pero incluso en ese contexto aparentemente inofensivo estaba en alerta. Por eso, cuando un amigo se le acercó por detrás y lo saludó dándole una palmada en la espalda, el agente se giró, pálido. “No te lo volveré a hacer”, le prometió, angustiado, su amigo.

Hubo también quien convivió con sus inquietudes de puertas para adentro y, cuando sintió la amenaza de cerca, empezó a pensar en el día después de su asesinato. Un empresario y su esposa, objeto de una extorsión asfixiante, comenzaron por tomar medidas de seguridad: cambiaron sus itinerarios, descartaron las salidas improvisadas y decidieron pasar temporadas fuera de Navarra. Con el tiempo, viendo que las amenazas no cesaban, fueron un paso más allá y nombraron tutores legales para sus hijos. Uno de ellos apenas tenía seis o siete años. “Mis padres habían dejado todo preparado por si ETA les mataba”, recuerda ahora.

“El miedo se instaló en el cuerpo social decidiendo todo un código de comportamientos, una forma de entender la vida bajo la amenaza a soslayar”, relata en el primer capítulo de este libro el escritor **Raúl Guerra Garrido**. Cuenta también que había “una moda del miedo, una arquitectura del miedo, unas diversiones del miedo, hasta por ausencia una literatura del miedo, los periódicos salían sin editorializar, o sea sin opinión, y todas estas características cristalizaron en un paisaje urbano del miedo definido en paredes pintarrajeadas y sudarios intocables, sábanas con esotéricos mensajes que únicamente las inclemencias meteorológicas se atrevían a descolgar. Fue la socialización de la violencia sin utopía”.

Ese paisaje urbano al que se refiere el escritor lo dibujaban en buena medida quienes ejercían la llamada “violencia de baja intensidad”. Durante años, jóvenes del entorno de ETA camparon a sus anchas por las calles de decenas de pueblos y ciudades de Navarra y el País Vasco. Lo hicieron, en parte, escudados en que el Estado de Derecho aún no había oficializado lo que ellos demostraban por la vía de los hechos: que la banda terrorista y los grupos radicales —y su órbita política— eran piezas de un mismo puzzle. Para muchos vecinos del Casco Viejo de Pamplona el fin de semana era sinónimo de batalla campal. Las escenas de contenedores quemados, de barricadas ardiendo que cortaban el tráfico y de enfrentamientos a golpe de piedras y rodamientos se tornaron en habituales. Los violentos habían tomado la calle y los vecinos se convirtieron en resignados espectadores.